



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la Misa de clausura del Consejo Diocesano de Pastoral.**

Queridos hermanos y hermanas:

En la lectura del Libro de la Sabiduría aparece la oposición entre el justo y los impíos. Justo en el Antiguo Testamento es el que es fiel a Dios y a sus mandamientos, y sigue unos criterios en su vida distintos a los criterios comunes de “gozar la vida” y vivirla sin escrúpulos, que son los criterios del impío.

Impío significa vivir sin Dios, sea diciendo que Dios no existe o que quizás existe, pero no lo tiene en cuenta en su vida. La frase famosa del Venerable Félix Varela dice que “no hay virtud con impiedad” es decir, con ausencia de Dios. Lo que nos hace distintos, los que nos da una sabiduría que viene de lo alto, de Dios, es nuestra fe.

La fe es lo que determina mis criterios rectos y claros, la fe es la que nos descubre los valores y determina las virtudes en la vida humana. Es nuestra adhesión al Señor lo que nos hace justos, la que nos hace buenos.

El testimonio de una vida buena molesta al impío, a aquel que vive como si Dios no existiera, porque sienten que sólo con su forma de ser y de actuar el hombre de fe le echa en cara su maldad, su frivolidad o sus proyectos errados o caprichosos.

Lo primero que suscita el creyente en Cristo a su alrededor es un sentimiento de extrañeza en quienes le rodean; piensa distinto, es diferente. En segundo lugar tratarán de probarlo a ver si él es de verdad lo que dice ser y en muchas ocasiones se da con los cristianos un tercer paso: si él o ella es creyente Dios lo asistirá, hagámosle la vida difícil para ver hasta dónde llega su paciencia, hasta donde aguantan, comprobaremos su resistencia.

Esto sucedía con el hombre justo muchos años antes de Cristo, lo vemos en la lectura primera del libro de la Sabiduría. Eso ha sucedido muchas veces en la historia con tantos mártires de la fe condenados a muerte ignominiosa. Esto lo ha sufrido la Iglesia en sus hijos fieles en medio de las grandes crisis políticas: la revolución francesa, la revolución bolchevique y el estalinismo, en muchos países o regiones islámicas, en los primeros años de la revolución cubana, lo sufren hoy los cristianos en partes de la India y Pakistán. “Veamos si son pacientes, probemos a ver si Dios los ayuda”. Así se ha pensado y obrado muchas veces en la historia. Y será siempre la fe en Dios, la fidelidad a Cristo y a su Evangelio la que va a generar hombres y mujeres pacientes, capaces de seguir presentes y activos en medio de las pruebas, dando el testimonio más elocuente que puede y debe dar la Iglesia: permanecer: “Permanezcan en mi amor” nos dijo Jesús, y debemos permanecer, no soportando estoicamente, no como el contrincante en un combate, sino permanecer en el amor. Porque donde hay otros sentimientos: rencores, envidia, ambición, reina el desorden y toda clase de maldad; nos lo dice hoy el apóstol Santiago. En cambio, dice el mismo apóstol, la sabiduría de arriba es intachable, pacífica, tolerante, conciliadora, compasiva,

fecunda, imparcial y sincera. En resumen, los que promueven la paz van sembrando en paz el fruto que conduce a la salvación”. Y éste es el testimonio del seguidor de Jesucristo que debemos dar al mundo de hoy en medio de pruebas, cuando hay rechazo de la fe, cuando hay indiferencia o cuando hay un pueblo como el nuestro que nos mira con atención y aún con respecto, porque en la prueba hemos sido pacientes, hemos permanecido, hemos querido sembrar paz.

Porque sabía Jesús que sus discípulos serían probados, quería instruirlos y comenzó diciéndoles como curiosa primera enseñanza: “El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, le darán muerte, y a los tres días resucitará”.

Y dice San Marcos que ellos no entendían lo que les decía.

Casi nunca entendemos cuando se habla de sacrificios, de entrega, de dolor. Pero Jesús comenzó por ahí porque, en palabras del Papa Benedicto XVI: “una visión del mundo que no pueda dar un sentido al dolor, y hacerlo precioso no sirve en absoluto”. Y continúa el Papa: “fracasa (esa visión) allí donde aparece la cuestión decisiva de la existencia. Quienes acerca del dolor sólo saben decir que hay que combatirlo nos engañan. Ciertamente, es necesario hacer lo posible para aliviar el dolor de tantos inocentes y para limitar el sufrimiento. Pero una vida humana sin dolor no existe, y quien no es capaz de aceptar el dolor rechaza la única purificación que nos convierte en adultos” (hasta aquí el Papa).

Tenía Jesús que empezar hablando del sufrimiento: porque el discípulo tiene que ser humanamente adulto para ser cristiano. Pero ellos, inmaduros, venían hablando por el camino de quién sería el más importante del grupo.

Jesús, al enterarse, llegados ya a la casa, probablemente de Pedro, donde El paraba en Cafarnaúm, sentado, con calma, les dijo cuál era el estilo de vida que El vino a estrenar. En otro momento Jesús diría “yo no he venido a ser servido sino a servir”; antes de su muerte en Cruz que El estaba anunciando, y que los discípulos no entendían, Jesús tomó el papel de los sirvientes, del que sirve, y se puso a lavar los pies de sus discípulos; podía ahora anunciarles ya la nueva filosofía, el nuevo estilo de vida que El, como servidor de la humanidad estaba inaugurando: “Quien quiera ser el primero que sea el último de todos y el servidor de todos”.

Y tomó a un niño que estaba allí en la casa, lo puso en medio de ellos y abrazándolo les dijo: “El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge y el que me acoge a mí no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado”.

Jesús les había trastornado a sus discípulos su jerarquía “del más importante” y estableció la jerarquía del Reino de Dios: según el criterio del servicio y del ponerse en el último lugar, como El lo hacía, como un niño, tan tenido a menos en el mundo antiguo, a quien Jesús se comparará él mismo abrazándolo; aquí no está diciendo a los discípulos que se hagan como niños para entrar en el Reino de Dios, eso lo dijo en otra ocasión, aquí él pone al niño como el ejemplo de quien ocupaba el último lugar en la sociedad y así es como El debe ser acogido por sus discípulos y como los discípulos deben presentarse en la comunidad y en la sociedad: como quien busca servir y desea ser el primero que se pone al servicio de la Iglesia y de sus hermanos en general.

Queridos hermanos y hermanas: es un tiempo de gracia el que se abre ante nosotros en este “Año de la Fe”. Nuestra diócesis de La Habana necesita, para que se cumpla la misión evangelizadora de la Iglesia, que nuestras comunidades, nuestros grupos juveniles y de familias, nuestros catequistas, los movimientos y muchos hermanos nuestros que muestran en su religiosidad una cercanía a la Iglesia, descubran la riqueza del cristianismo, la belleza

de sus propuestas y hagan opciones de fe, fundamentales para algunos, pero específicas y decisivas para otros, para que los sacerdotes, diáconos, personas consagradas y el laicado católico den el testimonio acorde de estar viviendo según la sabiduría de arriba, la que viene de Dios y nos hace justos, personas buenas, para que “viendo nuestras obras buenas alaben al Padre que está en los cielos”. La Iglesia en Cuba, en sus hijos, ha sido probada en la fe y, justamente la paciencia y la siembra de paz y amor, han hecho posible su permanencia, y ésta es la razón fundamental de la aceptación, y en muchos casos de la simpatía, de nuestros hermanos cubanos. Este testimonio de la bondad de vida es indispensable para la nueva evangelización. Pero cuidado, no somos por esto los mejores, no somos los primeros de la sociedad.

Según los criterios del Reino de Dios inaugurado por Jesús, yo soy un servidor de mis hermanos y debo hacer la opción de fe que me capacita para anunciar el evangelio desde el último lugar. El desconocimiento de los otros, la no comprensión de mis hermanos en la fe, la indiferencia o dureza de los corazones que no se abren a la verdad y al amor, la marginación social injustificada y aún injusta, pueden ser integrados en esta visión del mundo como Reino de Dios en gestación, donde nuestro puesto está en el último lugar y en el cual asumimos el sacrificio y la Cruz como vía hacia la Resurrección y la vida plena.

La Virgen María en su humildad del pueblito de Nazaret, el último y más pobre de aquella Galilea llena de Gentiles, creyentes en muchos dioses, es nuestro modelo, para responder desde la pequeñez, desde nuestra pobreza, en medio de un mundo poblado de creencias diversas o aberrantes, un sí sin reservas a Dios; Ella es nuestra inspiración para este año de la Fe. Que nuestra Madre, la Virgen de la Caridad, interceda por nosotros y haga que nuestro Consejo Diocesano de Pastoral de frutos que permanezcan.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original